

iba á medida del deseo» y que el «rum-rum» se apaciguaba. Pasado el año, escribí á Leonisa dos renglones de despedida eterna, confesándome indigno de que ni siquiera me recordase, y entré en el noviciado de esta santa Compañía.

—Y ¿eres feliz, Enrique? — pregunté, volviendo á asir la ardorosa y seca mano.

—Sólo Dios basta — contestó, sonriendo con su antigua sonrisa melancólica y arrogante.

—¿Qué hizo Leonisa? — añadí, apoyando sin temor el dedo en la llaga antigua, que acaso sangrase bajo la sotana negra.

Enrique calló un momento; sus labios se movían imperceptiblemente, cual si una oración interior los estremeciese á pesar suyo.

—No he querido saberlo nunca, y te ruego que no me lo digas, si llegas á saberlo tú — suplicó con serena y estoica impassibilidad —. Aquí, el que desea ignorar, ignora...

Y dándome la mano para despacharme — ya sería la hora del rezo ó la de cenar —, me rogó desde lo profundo:

—Sé bueno.



LA GOTA DE SANGRE

I

PARA combatir una neurastenia profunda que me tenía agobiado — diré neurastenia, no sabiendo qué decir —, consulté al doctor Luz, hombre tan artista como científico, y opinó sonriente:

—Usted no necesita cuidarse... sino todo lo contrario.

—¿Descuidarme?

—Casi... Tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten á su vida violento interés. Lo que padece usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

—Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.

—¿No le agradan los viajes?

—¿Viajes? ¿El «gladstone», el Baedeker, las fondas? Me sé de memoria á Europa, y como no busque aventuras á lo Julio Verne... Ya no quedan más viajes emocionantes que los viajes en aeroplano...

—Pues no viaje usted por tierras; explore almas. No hay vida humana sin misterio. La curiosidad puede ascender á pasión. Para una persona como usted, que posee elementos de investigación psicológica...

Agradecí el consejo lo mismo que si hubiese de servirme de algo, y me fuí convencido de que la ciencia, ante mi caso, se declaraba impotente.

Aquella misma noche, á cosa de las doce, entré en el teatro de Apolo y me senté en una butaca. Al hacerlo, pasé con el mayor cuidado por delante de los espectadores de mi fila, instalados ya. Créame seguro de no haber molestado á nadie, y me asombró oír que uno de ellos, el más próximo á mí, me increpaba, en alta voz:

—¡Ya podía usted andar con cuidado, so tío!

Mi sorpresa subió de punto, notando que quien así me trataba era un muchacho que solía encontrarme en el Casino y en la Peña, una persona «conocida». Tal furia, sin motivo alguno, y la extrañeza que me causó, fué el primer chispazo que reanimó mi abatido espíritu. Al pronto pensé:

—¿Estará borracho...?

Pudiera confirmar la suposición el notar en

el rostro de mi interlocutor la palidez y el brillo singular de la pupila, que caracteriza el período álgido de la borrachera. Pero reiteró el insulto, profiriendo: «¡Eh! ¡Con usted hablo!» y ni la voz, ni el gesto tenían el titubeo de los ebrios. ¿Por qué buscaba camorra aquel individuo?

La gente se fijaba, rumoreaba: los de la fila se levantaron. Eramos objeto de la atención general; alguien se interpuso. De súbito, mi agresor cambió de tono, y, con transición demasiado brusca, ó que me lo pareció, se echó á reír, pronunciando:

—¡Ah; Selva! Usted perdone... No me había fijado... Dispense. Lo siento mucho... Le ruego que me excuse.

Era el desagravio tan cortés como inmotivado el enojo, y me dejó igual sabor de recelo. Vago, inconsciente, pronto á disiparse, el recelo me hurgó en el espíritu y lo tonificó, despertando mis facultades y fijando mi atención antes distraída.

Mientras me aporreaba los oídos la enervante y estrepitosa música de matchichas y tangos, mi fantasía galopaba, como suelto, ardiente potro. Daba en antojármese que todo el enfado de aquel sujeto—se llamaba Andrés Ariza—era ficción. ¿Por qué? Los actos humanos siempre reconocen algún móvil, alguna causa. ¿Qué móvil impulsaba á Andrés Ariza á fingir encoherizarse cuando yo entré sin meterme con él?

En vez de detallar los pies y piernas de las artistas, sus mallas rosadas, sus zapatos curvos de raso brillante, sus redondeces de algodón y

sus trapos lentejuelados, mi mirada, de reojo, se posó en Ariza, ávidamente.

No atendía á lo que pasaba en escena. No cabía duda; algo raro le preocupaba. Su mano, blanca y bien contorneada, retorcia nerviosa la vírgula del bigotillo, y de vez en cuando, inquieto, giraba la cabeza hacia mí. Yo evitaba que me sorprendiese mirándole, pero cada vez me atraía más—con atracción de carácter enteramente indefinible—el estudio de su alterada fisonomía. Un perfume intenso y capcioso, de gardenia, venía de él, cuando se movía, y el tal aroma se me subía al cerebro, como un vino compuesto, irritante. Muy violento tenía que ser el olor, para que se destacase sobre los mil de un teatro lleno.

De pronto me estremecí... Lo que acababa de notar, no era nada que no pudiese tener explicación trivial, naturalísima, pero ya he dicho que mi fantasía volaba, y no acertando yo á sujetarla, iba arrastrado por ella. Era—en la pechera de la camisa de Andrés, y casi cubierta por el chaleco—una diminuta manchita roja, viva como labio encendido por el amor; una reciente gotica de sangre. Y me eché á pintar á brochazos un cuadro de tonos rojos, de asunto dramático, de locura, de venganza... ¿Quién sabe si un desafío sin testigos, un lance á todo riesgo, en el secreto que imponen las exigencias de la honra?

Cuando, media hora después, salí del teatro para recogerme pacíficamente á mi domicilio, cambiaron de giro mis ideas. Sin duda el rau-

dal de aire de la calle de Alcalá, el aspecto de normalidad de las cosas que me rodeaban, el golfillo de siempre ofreciéndose á avisar al simón, las mismas desharrapadas hembras brindándome, enronquecidas, los diarios, los tranvías ya espaciados, la gente dispersándose entre un mosconeo de conversaciones humorísticas, desgarradas, achuladas, me devolvieron á la cárcel de la realidad vulgar, engendradora de mi tedio. Por unos minutos se me había figurado que algo extraordinario pasaba cerca de mí, produciéndome comezón novelesca. La hora en que me dominó tal impresión no era una hora de fastidio, sino de exaltación inquieta y acalenturada. ¡Qué hervor y qué devaneo, por el arrebató de ira de un señor cualquiera, por una gotezuela de sangre que pudo saltar de las narices! Desgraciadamente, la mayor parte de las cosas tienen siempre explicación vulgar y prosaica, y la vida es un tejido de mallas flojas, mecánico, previsto: nada romancesco lo borda.

Encogiéndome de hombros, eché á andar. La noche, aunque de invierno y nublosa, era serena, y yo esperaba que algo de ejercicio me ayudase á conciliar el sueño, rebelde en acudir antes del amanecer. Vivía yo en una de esas calles nuevas, no urbanizadas ni edificadas enteramente. Al lado del hotelito que había alquilado, existía un solar no desmontado aún, barrancoso, mal cerrado con valla de tablas blanquiazules. No era el único en la solitaria vía, donde el alumbrado corría parejas con lo demás. Las probabilidades de un atraco no me

alarmaban: llevaba mi Browning. No sé por qué en aquel instante la idea, si no del atraco, de algo anormal, se precisaba y tomaba cuerpo, mientras me dirigía, alejándome del centro, hacia mi domicilio. Sin duda la efervescencia fantástica del teatro actuaba aún. No se sabe qué, tenía que sucederme: la aventura me acechaba para saltarme al cuello. Alarmado, miraba hacia todas partes, espiaba los ruidos. Y, al mismo tiempo, me obstinaba en repensar en la cara desencajada, el falso enojo de Andrés Ariza. ¿Por qué fingía cólera? ¿Qué explicación tenía semejante fingimiento?

Nada justificaba mis aprensiones. A mi alrededor no había sino esa peculiar sugestión dramática que adquieren de noche las casas cerradas y mudas. Completa soledad. En Madrid, como es sabido, dura hasta muy tarde la animación en las calles céntricas, pero por las vías algo apartadas y donde vive gente rica y aristocrática, es raro que á la una y media ó cerca de las dos transite nadie. Cerca de mi calle ya no vi al sereno, el bueno de Pacomio. Sin duda, como otras veces, se hallaba refugiado en cierto figón-taberna donde comen los jornaleros que trabajan en los varios edificios en construcción próximos á mi casa. No me importó, pues llevaba la llave de mi verja y el llavín de mi puerta en el bolsillo.

Al aproximarme, una especie de atracción que no sé explicar me hizo fijarme en el solar abandonado, y noté que la valla presentaba un regular boquete. Varias tablas habían sido

arrancadas, y se hacinaban confusas á uno y otro lado. Y, á la parte de adentro, sobre el color claro de la tierra arcillosa endurecida por la helada, observé una forma confusa, algo grande, negro y largo, con algo blanco al extremo. Me incliné, me acerqué bajándome... Era el cuerpo de un hombre, vestido de etiqueta, sin abrigo, y lo que blanqueaba, su cara cérea y el pechero rígido de su camisa. ¡Un cadáver!

El muerto—suponiendo que lo fuese—, estaba completamente al borde de la valla. Si había entrado vivo, caería al punto de cruzarla. Saqué mi encendedor y proyecté su luz hacia el rostro.

Era una cara nueva para mí, que creo conocer, al menos de vista, á cuantos muchachos frecuentan los círculos de la corte. Representaba unos veinticinco años, y resplandecía su bigote rubio. El recuerdo de Ariza me acudió nuevamente, evocado por aquel bigote: me acordé del que retorció con movimiento tan impaciente. Me llamó la atención que el muerto no llevase corbata, ni botones en la pechera, ni chaleco. Absorto en esta contemplación, me sobrecogió un ruido de pasos toscos. Era sencillamente el sereno, que, en cultivo de propina, solía alumbrarme para que fácilmente introdujese la llave en la cerradura. Zapateaba, sin aliento, y se confundía en explicaciones.

—Señorito... me habían llamado en la otra calle... Abriendo estaba al Sr. Conde de Marciela...

En cualquier ocasión me hubiese reído de la

excusa, porque conocidos los hábitos del enfermizo Conde de Marciela, señor metódico y valetudinario, era sumamente inverosímil que se retirase á tal hora. Pero no me sentía dispuesto á reir. Me volví hacia el astur, con un gesto de mandato.

—Tenga cuidado, no mienta. Hoy podría ser para usted un compromiso serio haber dicho cualquier cosa que no fuese la pura verdad. No trate usted de engañar á la justicia. En ese solar hay un muerto.

Aterrado, el «gusano de luz», dirigió la de su linterna al punto que yo señalaba, y, cuando vió el cuadro, entre dientes, soltó una interjección.

Yo permanecía bajo el peso del descubrimiento horrible. Una duda me asaltó entonces. ¿Y si el hombre no estuviese muerto, sino borracho? Era preciso socorrerle sin tardanza, abrigarle, recogerle á techado.

—Ayúdeme á levantarlo—dije al sereno—. Puede que tenga vida.

—¡No le toque, señorito!—imploró Pacomio. No tengamos líos con «los» de la justicia; no nos desgraciemos. Ya tengo visto muchos difuntos, y éste es uno más.

Me enhebré, rozando las tablas, en el solar. El sereno, protestando, aconsejando, exclamando, alumbraba. Me incliné sobre el cuerpo; palpé una mano; estaba helada. Traté de percibir la respiración. No la había. Alcé un brazo. Recayó rígido. Tenía razón Pacomio: los auxilios eran inútiles.

—No quiero molestias, ni pasar la noche en vela—murmuré entonces, deslizado un duro al sereno—: Pida usted socorro: venga la autoridad, haga lo que sea costumbre. Repito que no mienta usted, ni oculte que yo he visto ese cuerpo. Este es un caso de decir la verdad, para no tener disgustos.

Ya en mi casa, me acosté, y quise dormir. Cuando lo conseguí, fué mi sueño un tejer y destejer confuso de interrumpidas escenas, en que se combinaban las dos impresiones de la noche. El incidente del teatro, el drama del solar, se encadenaban en la relación íntima que entre ambos establecía mi excitada mente. Unas veces daba en creer que el muerto y el fingido encolerizado eran una sola persona; que el frío cuerpo del solar era el de Andrés Ariza. Otras, que Andrés Ariza lo descubriría antes que yo y me acusaba, fundándose en la proximidad de mi vivienda al lugar donde aparecía la víctima. ¿Víctima? ¿Crimen? Despierto, no podía yo ni asegurar que lo fuese, porque no recordaba haber visto en aquel hombre lesión ni herida alguna. Y, sin embargo, la convicción del crimen originaba mi fiebre. Lo comprendía: lo único que llegaba adentro, que rompía la gris uniformidad de la civilización, era el crimen. El sabor amargo y salado del crimen había quitado de mi paladar la insipidez del tedio. Sólo el crimen podía conseguir interesarme. Me revolvía en la cama sobre espinas; por mis venas corría azogue. ¿Por qué no había querido ver levantar el cadáver? Quizás para madurar mi ensueño,

mi intuición misteriosa. Para meditar, como meditan los visionarios, fuera de lo real que se ve, en busca de lo real que se esconde.

II

No pudo sorprenderme el recibir, á las once de la mañana, la citación del Juez llamándome á su despacho con urgencia.

Me arreglé, almorcé frugalmente, y, tomando un coche para llegar más aprisa, me presenté al funcionario. Era un abogado joven, con pretensiones de intelectual, de esos que tienen en su despacho una fila de obras de la casa Alcán, y disertan en la Academia de Jurisprudencia, en veladas conmemorativas. Yo le conocía del Ateneo, pero esto no lo recordé hasta que le vi. Me saludó con afectación de obsesividad, asegurando, por vía de exordio, que me llamaba únicamente para pedirme que cambiásemos impresiones, puesto que, según afirmación del sereno, era yo el primero que había visto en el solar el cadáver.

—Hay otra razón para que se me interrogue—respondí, deseoso de divertirme un poco á expensas del Juez, que imaginaba ser más listo que yo—. Y es que mi hotelito linda con el solar. Son dos datos cuya importancia no necesito encarecer, pues usted la adivina. No sólo

conviene interrogarme, sino también á mis dos criados. Algo pueden haber visto.

—¡Por Dios!—exclamó el Juez—. ¿De usted, quién sería capaz de pensar?

—Usted mismo. Tengo para mí que, por ahora, soy la única pista. ¿Me equivoco?

—Vamos, déjese usted de bromas, Sr. Selva, y hágame el favor, porque el asunto es serio, de no regatearme su preciosa cooperación. No le pregunto de dónde venía usted cuando halló el cuerpo, porque lo sé; venía usted del teatro de Apolo, donde cuestionó con un muchacho, Ariza, que ocupaba la localidad inmediata. Cuestión baladí; Ariza se excusó y quedaron ustedes amigos.

—Veó que está usted bien enterado. Pregunte, y le manifestaré lo poquísimo que conozco.

Así lo hice, punto por punto. El Juez me escuchaba ávidamente.

—¿De suerte que usted no conoce al muerto?

—No recuerdo haberle visto jamás en parte alguna.

—¿Es cuanto puede usted decirme respecto á su personalidad?

—En absoluto.

Noté un rápido fruncimiento de cejas.

—Seguramente, Selva, tendremos que marearle á usted con motivo de este crimen...

—Pero, ¿hay crimen?—exclamé con vehemencia casi gozosa.

—¿Lo duda usted?

—Al mirar ayer el cuerpo no vi en él lesión ni huella de violencia.

—Es que...

—Perdone que le interrumpa. ¡Adivino! No quiero que usted suponga que necesito la explicación. No se veía lesión, porque le vestirían después de matarle. Debí suponerlo, cuando noté que ni llevaba corbata, ni botones en la pechera.

La cara del Juez se nubló más. Empezaba á alarmarse. Su escama crecía visiblemente. Sentía en mí una fuerza que le obligaba á desplegar toda la suya, y acaso no le bastase, ante un adversario tan dueño de sí y tan astuto.

—Vamos á poner en claro la situación, señor Juez—continué pidiéndole permiso, con un ademán, para ofrecerle un cigarro y encender otro—: usted sospecha de mí. Hace usted bien; en su caso, me sucedería lo propio. Insisto en que no hay rastros de otra pista, por ahora. El crimen no puede atribuirse á unos atracadores vulgares, porque los atracadores, si desnudan á un hombre en la calle (se han dado casos), no es para volver á vestirle. Su deber de usted es agotar los medios de establecer mi culpabilidad. Sin tardanza creo que procederá usted á tomarme una declaración en forma. Por mi parte, tengo algo que advertir y que rogar á usted. La advertencia es que si usted, por ejemplo, dejándose llevar de sugerencias que pueden partir de la opinión alborotada y reflejarse en la prensa, me mete en la cárcel, será el modo de que este crimen no se averigüe jamás.

—Como favor amistoso le ruego que me indique el por qué de esa afirmación—suplicó el Juez.

—Muy sencillo. Porque me he propuesto ser yo quien lo descubra, y se me figura que sólo yo lo he de lograr. Quizá me ha sugerido tal propósito la lectura de esas novelas inglesas que ahora están de moda, y en que hay policías de afición, ó sea «detectives» por «sport». Ya sabe usted que así como el hombre de la naturaleza refleja impresiones directas, el de la civilización refleja lecturas. Usted es una persona demasiado culta para no hacerse cargo de esto.

—Y además, Sr. Selva, y perdone; usted necesita demostrar, con claridad meridiana, lo que por otra parte, todos afirmáramos: que es ajeno por completo á este suceso sensacional.

—¡Pch!, creo que no es eso lo que me impulsa... Eso se demostraría sólo, y desafío á la autoridad á que pruebe lo contrario... Pero lo mismo da; el móvil no importa. ¿Le conviene á usted que le desenrede esta madeja? Entonces, sin faltar en lo más mínimo á sus deberes profesionales, auxilieme á su vez; entéreme ahora de lo que no sea reservado, de lo que la prensa de esta noche contará á todo Madrid.

El funcionario vaciló un momento. Recelaba sin duda contraer serias responsabilidades. Al fin se decidió:

—Pregunte usted.

—¿Quién es el muerto? ¿Se le ha identificado?

—Sí. Se llama don Francisco Grijalba; es malagueño, y solía venir á Madrid de cuando en cuando, á pasar unos días, por los negocios.

de la casa azucarera en que ocupaba un cargo importante.

—¿Persona de sociedad? ¿Soltero? ¿Rico?

—Algo de todo eso. Un muchacho «bien» y que trabajaba, y al cual se le auguraba un porvenir en los asuntos comerciales.

—¿Tenía querida en Madrid, ó andaba á la que salta?

—No hemos llegado aún á dilucidar ese delicado punto... Veo que usted piensa que debe aplicarse el antiguo consejo «buscad la mujer».

—¿Tenía familia en Málaga?

—Una hermana casada, y el padre, un señor achacoso, que no podrá venir por sus padecimientos.

—¿Cómo le mataron? ¿Qué golpes ó qué heridas recibió?

—Dos heridas, de estoque, una de ellas bajo la tetilla izquierda, que habrá interesado el corazón. No se ha procedido aún á la autopsia.

—¿Cómo se las compusieron ustedes para identificar?...

—No ha sido difícil. ¡Oh! Nosotros ya estamos familiarizados... Se preguntó en los hoteles de lujo si faltaba algún huésped. Contestaron en el de Londres que no parecía desde la tarde de ayer este señorito, D. Francisco Grijalba. Se llamó al dueño, y en el depósito, le reconoció.

Anoté en mi cartera, «Hotel de Londres».

—Puede usted proceder á tomarme declaración, señor Juez — advertí — después de que

apure ese cigarro. Y tomada la declaración, convendrá que inmediatamente, y sin necesidad de auto, porque el auto es usted mismo, se venga á mi casa á practicar un reconocimiento, á registrar mis papeles y mis armarios y todo. Al lado está el solar; convendrá también que usted lo examine detenidamente. En estos casos nada debe descuidarse.

Nuevas brumas se condensaron en la frente de aquel hombre, que no sabía si ver en mí al criminal cínico, descarado y lleno de osadía, ó á un sér superior, «dilettante» de emociones, capaz de darle lecciones en su profesión misma, á pesar de la biblioteca Alcán y las disertaciones académicas.

—Bien— profirió —; no veo inconveniente alguno en seguir la marcha que usted me indica, pues es la misma que yo me proponía; se lo digo á usted en confianza. A sus criados de usted se les interrogará, así que evacuemos la diligencia de registro.

Momentos después entraba el escribano y se me tomaba declaración. Dije la verdad estricta, lacónicamente.

—¿Qué hizo usted y por dónde anduvo todo el día de ayer?—fué una de las preguntas.

—Por la mañana, á las diez, estuve en casa del doctor Luz, con quien consulté. A las once y media volví á casa, y nada de particular hice hasta las doce y media, hora en que me sirvieron el almuerzo. A las tres fui al Casino y leí la prensa y charlé de política con algunos socios. A las seis salí del Casino y estuve en la

tienda del anticuario Roelas, en la calle del Prado. A las ocho comí en la Peña. A las diez salí de la Peña, y como en todo el día no había hecho ejercicio y me sentía muy aburrido y de muy mal humor, paseé sin objeto por las calles, desentumeciéndome. A las doce menos cuarto entré en Apolo, para desde allí, vista la última función, retirarme á casa á dormir.

—Fijese usted bien. Se le va á leer su declaración—advirtió el Juez—. Ante todo, le ruego que recuerde si habló con alguien ó le vió alguien que le conozca en esas dos horas, de diez á doce.

—Ya—observé—. Esas son las horas en que se ha cometido el crimen. Cuando yo ocupé mi butaca de Apolo, el cuerpo de D. Francisco Grijalba estaba en el solar. Los médicos suponen que la muerte ocurrió de once á once y media, ¿no es eso?

—Eso es...

—Pues no puedo nombrar á nadie con quien haya conversado, ni que yo conozca y me haya visto á esas horas. Yo llevaba alto el cuello del mac-ferlán, un tapobocas de seda blanco, muy subido por temor á las neuralgias, y el sombrero calado; además, en la calle, huyo de los pesados que se nos agregan para quitarnos la soledad y no darnos compañía. Lo probable será que no haya coartada, señor Juez.

El funcionario parecía reflexionar. Al fin decidió:

—¿De modo que usted ha dicho cuanto sabe?

—Sin faltar punto ni coma.

—¿Se confirma usted en que no conocía al muerto?

—Ni de vista.

Me leyeron la declaración, que firmé; y, ya extraoficialmente, el Juez me interpeló:

—¿Insiste usted en que descubrirá la verdad sobre este crimen, que tan misterioso se anuncia?

Un momento dudé. Iba á comprometerme á algo que probablemente no podría realizar: tal vez antes, al jactarme de descubrir el crimen, había procedido á impulsos de esa fanfarronería ó gasconada que tanto abunda, aquí donde el individuo, no auxiliado por la sociedad, cree llegar á todo por sus propias fuerzas, y llega á veces. ¿Qué medios tenía yo para desgarrar el denso cendal? Y, sin embargo, allá en mi interior advertía dos estímulos: el primero, que descubrir el crimen quizá me interesaba personalmente, y, á no descubrirlo yo, la justicia llevaba trazas de caer en una zanja honda; el segundo, que creía saber—de un modo obscuro, borroso, por artes singulares ó por sentimientos casi increíbles—, «algo» del sombrero hecho...

—¡Qué diablos!—reaccioné mentalmente—. Soy hombre de inteligencia y cultura, desocupado, y que además siente el inexplicable golpe de la corazonada... El drama me ha interesado en su primer acto; he de intervenir en el desenlace. El caso es que desde ayer no me aburro... ¿Cuándo empecé á no sentir el peso del fastidio? ¿Cuándo solté el yugo de plomo?

Recordé. No me aburría desde el punto en que en el teatro, Andrés Ariza me injurió. Volví á ver su rostro demudado, alteradísimo, y la centella de granate de la gota sangrienta sobre la blanca pechera volvió á herir mis ojos... Resuelto, me encaré con el Juez.

—Insisto en que lo pondré todo en claro, si se me ayuda con buena voluntad, con amplitud de espíritu, dándome facilidades, atendiendo á mis indicaciones, y no prendiéndome todavía.

—Dispuesto estoy á hacerlo—concedió el Juez—; pero usted no ignora que sobre mí pesan deberes y responsabilidades. No me pida usted sino lo que quepa en mis atribuciones.

—Usted verá. En la medida en que se me auxilie, prosperará mi indagatoria.

—¿Está usted conforme en que procedamos al registro de su casa inmediatamente? Lo ha solicitado usted—respondió de un modo evasivo el funcionario.

—Y vuelvo á solicitarlo. Si usted quiere, salgo delante, tomo un coche, y usted, señor Juez, en otro, me sigue. A mi puerta le aguardo. No conviene que desde aquí nos vean ir juntos. Se nos vendrían encima mil curiosos.

Convino en ello, y me despedí «hasta ahora». Afuera, en los pasillos, aguardaba un grupo de reporteros judiciales—, alborotados con lo que el crimen parecía que iba á dar de sí, y la tela de artículos é informaciones que se anunciaban—, que intentó detenerme. Cortésmente, me escurri. No ocurría nada que mereciese referirse, les dije con amables fórmulas; todo se-

guía envuelto en misterio impenetrable. Dos fotografías entretanto me enfocaron. La luz era escasa, y espero que por tal retrato no será fácil reconocermé.

III

Al acercarme á mi casa noté que bastantes papanatas permanecían inmóviles delante del solar.

Se precipitaron á ver cómo me bajaba del coche. Minutos después llegaba el Juez con el escribano, y en otro coche, dos sujetos bien portados, pero que tenían ese aire basto y burgués, esa falta de soltura en el modo de llevar la ropa que caracteriza á la policía. Sus galanes, sus sombreros, eran de líneas duras. No hice tal observación hasta que estuvimos dentro del hotel, pues fuera había oscurecido, y en el recibimiento iluminado fué donde nos saludamos.

—Los señores son de la policía—dije al Juez.—Sean bien venidos.

Uno se adelantó y se me acercó, afectando cordialidad. De cerca, sus ojos eran sagaces, buscones. Después supe que entre los de su profesión, pasa por ser quizá el más entendido y de más fino olfato. Lo sensacional del crimen, el revuelo que estaba iniciándose en Madrid,